

"UN ARQUITECTO RECIBE UNA CARTA"

Un arquitecto se levantó aquella mañana y cogió el periódico. En cuanto lo abrió, vió el título de un artículo: "Carta a un arquitecto". Venía firmado por Alfonso de la Serna.

Así que lo hubo leído, le acometió como una primera sensación de sorpresa, ya que no le parecía muy frecuente que el tema de la Arquitectura se "tocara" en los periódicos, sobre todo con la ponderación que aparecía en aquella carta.

La arquitectura, para ser llevada a la vida, requiere siempre un cliente, y también un constructor. El cliente—el promotor—, en muchos casos, por no decir en todos, requiere unos usuarios.

A su vez, los arquitectos, promotores y constructores son también usuarios de alguna obra en particular, y del conjunto, en cuanto a ciudadanos que son. De modo que, ciertamente, el tema está en manos de todos. Sin embargo, la crítica es escasa—sobre todo en España—, probablemente porque es difícil.

(Se refería, seguramente, a la crítica seria y leal. No a la divertida, ni tampoco a la que se aplasta sobre una obra concreta.)

Aquí estaba una parte de su sorpresa.

La otra era otra cosa:

La carta valoraba, acaso excesivamente, el papel del arquitecto. Su influencia en el desarrollo de la ciudad.

El arquitecto aparecía, en las palabras de Alfonso de la Serna, como situado en un puesto difícil, muy responsable, casi decisivo.

Esto, a aquel arquitecto, sí que le pareció periodístico, por lo nuevo. Es costumbre publicar en los periódicos multitud de noticias sobre edificios importantes que se inauguran en toda nuestra geografía: hoteles, edificios públicos, parroquias. Se publican las fotografías del edificio, las personas que asisten al acto, etc. Muy rara vez el nombre del arquitecto.

(Como última muestra véase el ABC del día 12 de diciembre, en el que se habla, a lo largo de dos páginas, de la inauguración del nuevo Parador Zurbarán, en Guadalupe, y no cabe en ellas el nombre del arquitecto Picardo.)

Alfonso de la Serna, sin embargo, cree con una fe tremenda en la misión del arquitecto. Casi le ruega que recuerde la importancia de su función, que la actualice para el presente y que la proyecte hacia el futuro.

Alfonso de la Serna se declaraba "un simple ciudadano" y de su carta se desprendería algo así como un vaho de cierta individualidad. De cierta valerosa individualidad.

Recordaba—y es verdad seguramente—que hoy día la labor del arquitecto es una labor de equipo.

En la antigua escuela de estética se decía que el arte es "yo" y la ciencia "nosotros". Sin embargo, ahora la arquitectura a veces es "nosotros" y, en algunos casos, además de ser "nosotros" es, en verdad, una bella arte, acaso más bella que en otras épocas no tan difíciles como ésta.

¿Hasta dónde alcanza, pues, este "nosotros"?

¿Alcanza, quizá, sólo a los arquitectos o también a aquellos que pertenecen al grupo social que pide y promueve?

La posición en que coloca Alfonso de la Serna al arquitecto, la responsabilidad y el destino que le recuerda, requieren, seguramente, también alguna cierta comunidad de intenciones y de deseos por parte del conjunto. Y si algo sale bien, alguna vez, que se valore su papel. El del arquitecto.

El cliente de los arquitectos es la misma Sociedad. Tal vez más exactamente dicho, el grupo social a quien corresponda vivir en el medio urbanizado.

(Por seguir citando al periódico ABC en el mismo día, 12 de diciembre, recuerda Gil Montero, en su trabajo sobre Ganivet, cómo en "una serie de artículos que recogerá en un volumen—*Granada la bella*—, fechado en Helsingfors en 1896, donde habla de un nuevo arte de embellecer las ciudades por medio de la belleza moral de sus habitantes".)

Escribir una carta a un arquitecto es el camino para que brote el diálogo.

La crítica de arquitectura es, por las mismas razones que señala el autor de la carta para estimar la dificultad, la postura actual, del arquitecto, una labor muy complicada.

No es algo que pueda llamarse popular y carece de auténticos profesionales.

La edición dominical del *New Times* presenta, al menos a veces, un fascículo completo dedicado a Arquitectura. Bien es cierto que se opera con un módulo distinto, pero también lo es que en todos los países el crecimiento y desarrollo de las ciudades alcanzan a todos y son, efectivamente, problemas de ambiente nacional en los cuales el arquitecto—urbanista—ejerce una función bastante bien definida, pero no exclusiva ni preponderante. El problema requiere algo que pudiera llamarse conciencia colectiva.

En España existen en la actualidad muchos pésimos profesionales de la arquitectura y del urbanismo—tan malos como en los demás países—. Existen también bastantes profesionales regulares, algunos buenos y otros muy buenos.

¿Cuáles son las razones que se estiman para la selección por parte de los promotores?

En algunos casos son razones manifiestamente reprobables; en otros, discutibles; en otros, ambiguas; en otros, honestas y fundamentadas; en otros, en fin, de parentesco.

En el caso de una elección correcta o al menos discretamente valorada, el promotor puede estar convencido de haber buscado un arquitecto bueno.

Un momento: ¿Según qué bases? ¿Bueno, para qué? ¿Para que resuelva determinadas dificultades extraarquitectónicas? ¿O para que tenga en cuenta "la climatología, el paisaje que le rodea, la historia que le antecede, el futuro que le espera, y, sobre todo, al hombre (se refiere al usuario) a quien va destinada su obra", como decía la carta de Alfonso de la Serna?

Aun en el mejor de los casos, la labor de creación del arquitecto se desarrolla dentro de unos límites formales, como es natural.

Los planes de ordenación, las Ordenanzas municipales, etc., determinan en sumo grado su labor, algunas veces. En otras, muy poco, o nada prácticamente.

Tanto unos como otras tratan de ordenar y defender en lo posible de una forma reglamentaria determinados atentados a la ciudad.

Pero son límites, en cierto modo, rígidos, porque tal vez no haya otra solución. Porque, seguramente, sean por sí mismos un mal menor.

Giancarlo de Carlo decía hace unos días, en una charla amistosa, al margen del Congreso de Segovia, que no tenía nada contra las torres, que tanto aterran a la gente. Decía, más o menos, que el problema está, más bien, en escoger el sitio y el autor.

Como a este último no pueden elegirlo las autoridades urbanísticas, en el caso de una obra privada, y tampoco el sitio, a no ser de un modo negativo, lo menos malo sea, tal vez, tratar de prohibirlas en lo posible. Política urbanística adecuada seguramente, y difícil-

mente mejorable, pero, sin duda, carente de aquella agilidad, misterio y poesía que se echan de menos al recorrer muchas de nuestras grandes ciudades y que, por el contrario, presentan tan admirablemente tantos y tantos pueblos y barrios antiguos de España y, por paradoja, Manhattan.

Seguramente, el mayor problema de la arquitectura y urbanismo de nuestras ciudades es, en su raíz, el mismo que mantiene en vilo al mundo en otras esferas de superior importancia.

Es un problema de elección de hogares y personas. Asunto complicado que no parece factible de resolver por una profesión, sino más bien por una conciencia y educación comunes. Esto, en el más optimista de los supuestos.

De otra parte, a medida que las relaciones entre los hombres, al paso de los tiempos se van complicando paralelamente a la mayor complejidad del hombre mismo, se van complicando también las relaciones entre el hombre o los grupos de hombres con su medio.

Cualquier organismo vivo sigue un constante proceso de adaptación al medio en que se desarrolla su vida.

El hombre no vive solamente en su casa, vive también en la calle, en los medios de transporte, en los colegios, en las tiendas.

El medio va variando, por desgracia, no de una forma totalmente adecuada al hombre. Al menos, no del modo que le gustaría al hombre.

De donde el hombre, organismo vivo, lucha y se "desespera"—como Alfonso de la Serna y otros muchos ciudadanos conscientes, incluidos algunos arquitectos—por adaptarse a un medio que por razones tal vez particularmente externas a él—pero no del todo ajenas en cuanto a su condición de ciudadanos integrantes de un grupo de hombres—no le agrada. Estas interdependencias dinámicas, hombre o grupo de hombres con su medio externo son las que actualmente estudia la ecología. Ciencia no totalmente nueva, pero que acentúa y revive el interés de otros campos ya conocidos. Así, pues, si se incorpora al problema de nuestras ciudades este aspecto de la labor del arquitecto, se puede pensar que el medio ambiente influye no en uno, sino en muchos arquitectos, los que, al tiempo que se ven más complicados por otras razones de ampliación de tecnología pertenecen también como ciudadanos al grupo urbano en el que viven, y tienen como misión adaptarlo a los hombres con los que conviven.

Algunos arquitectos pretenderán enfocar el problema desde este punto de vista, y no todos con exactas concepciones uniformes. A su vez, unos actuarán honestamente en este sentido; a otros se les dará por un ardite; unos tendrán capacidad creadora; otros menos...

La ciudad ha sido siempre un organismo vivo. No en sentido poético. Realmente vivo. Como suena.

El dirigismo absoluto, artificial, produciría un monstruo.

La ciudad crece por donde ella quiere, a la larga, y, a la larga también, como ella quiere. Está viva, La ciudad es su gente.

La ciudad son sus políticos, sus urbanistas, sus hombres de negocios, sus arquitectos. Su gente.

Alfonso de la Serna escribe una carta dirigida a un arquitecto, una carta seria, acuciante. En realidad una carta urgente a la que no se puede probablemente restar razón, en general, a las cosas que dice en ella.

Si acaso se podría, a lo mejor, comentar con él no sólo la carta, sino también el sobre: ¿a un arquitecto "en abstracto"?

¿A muchos arquitectos "en concreto"?

Reclama la recuperación del puesto del "arquitecto" en la "vigilancia suprema de la arquitectura".

Los arquitectos, en concreto, tienen un oficio. Algunos podrán ser los vigilantes.

El que elija a estos "vigilantes" ¿tendrá que ser también arquitecto?

Aquel arquitecto, después de leer la carta, se quedó bastante preocupado y agradecido, en cierto modo.

Incluso pensó que le gustaría conocer al remitente y darle las gracias por haberse molestado en escribir.

Francisco de Inza.